

# Los dioses griegos y sus mitos en Galeno<sup>1</sup>

Juan Antonio LÓPEZ FÉREZ

UNED (Madrid)

## RESUMEN

Galeno conocía bien la tradición literaria griega; usa los dioses griegos y sus mitos con gran precisión. Normalmente acepta la versión mítica normal, pero, a veces, ataca ciertos mitos antiguos. En general, escribe para un grupo selecto y culto de amigos romanos, y, por tanto, las referencias míticas en sus obras son breves. Sin embargo, cuando está interesado por una explicación mítica concreta, acude y cita a Homero, Hesíodo, los Líricos, trágicos y cómicos, filósofos y médicos.

## PALABRAS CLAVE

Galeno, dioses, mitos, tradición literaria.

## ABSTRACT

Galen knew well the Greek literary tradition. He uses Greek gods and their myths with great accuracy. Normally he accepts the usual mythical version, but sometimes he attacks some old stories. In general he writes for a select group of learned Roman friends, and therefore mythical references are often light and short in his works. Nevertheless when he is interested in a special mythical explanation he cites Homer, Hesiod, Lyric poets, tragical and comical writers, philosophers and former medical authors.

## KEY WORDS

Galen, gods, myths, literary tradition.

**SUMARIO** Este trabajo quiere estudiar la presencia e influencia de los dioses griegos y sus mitos dentro de las obras de Galeno. Examina, entre otros dioses y seres divinos: 2. Urano. 3. Quimera, Gorgona, Pégasos. 4. Hades. 5. Afrodita. 6. Zeus. 7. Atlas, Tifoeo, Noche. 8. Metis. 9. Atenea. 10. Temis. 11. Las Musas. 12. Leto. 13. Ártemis. 14. Apolo. 15. Asclepio. 16. Hera. 17. Hefesto. 18. Ares. 19. Hermes. 20. Príapo. 21. Eros. 22. Proteo. 23. Tetis.

---

<sup>1</sup> Realizado dentro del BFF2001-0324 de la Dirección General de Investigación.

[Dedico estas páginas, con admiración y agradecimiento, a la memoria de Don Pedro Laín Entralgo, quien, desde que presidiera la defensa de mi tesis doctoral (*Las ideas médicas de Demócrito y su influencia en el Corpus Hippocraticum*, Universidad Complutense, Madrid, 11-2-1972), siempre me alentó al estudio de los médicos griegos].

1. Galeno, médico ilustrado del siglo II d. C., conocía bien la literatura griega, en general, no sólo la propiamente médica<sup>2</sup>. A su buena información literaria le debemos muchas citas indirectas de autores, u obras, perdidos para nosotros<sup>3</sup>: acude con frecuencia a Homero, Hesíodo, los líricos, trágicos y cómicos, así como a filósofos. Estamos, sin duda, ante un autor que había recibido una educación esmerada en su ciudad natal, Pérgamo, y, asimismo, en otras ciudades distinguidas del imperio romano. Precisamente fue médico personal de varios emperadores romanos; sus obras encontraron buena acogida en la sociedad culta de la capital del imperio.

Como buen lector de la literatura griega precedente, nuestro médico conocía bien los mitos griegos, que forman parte de la tradición cultural griega desde sus comienzos. Un mito, o un personaje mítico, puede servirle a nuestro médico para sus investigaciones o demostraciones médicas; llegado el caso, el escritor se extiende en pormenores acudiendo a todo el repertorio que le ofrecía el legado helénico. En otras ocasiones, la mención mítica es fugaz, si bien, con frecuencia, llena de contenido. Galeno, en efecto, escribe para iniciados; a menudo, sólo para un selecto círculo de amigos romanos. En unos casos acepta la versión mítica comúnmente aceptada; en otros, arremete contra ella con todas las armas dialécticas de que dispone<sup>4</sup>.

2. Según Hesíodo, Gea (Tierra) engendró por sí sola a Urano, las Montañas y Ponto<sup>5</sup>. Galeno recoge el sustantivo **ouranós** («cielo») en veintisiete secuencias, de las que sólo nos interesan las relacionadas de alguna manera con los mitos. A propósito de quienes afirman que la tierra es el elemento común de todas las cosas, mientras que la bilis y la flema desempeñan esa función en el hombre, nuestro médico sostiene lo siguiente: «También ahora sé que algunos han escrito otras cosas; sus escritos han muerto con unos, y morirán con otros, como los de quien dice que madre de todos y nodriza y principio y elemento es la tierra. Pues ésta ha engendrado incluso al cielo

<sup>2</sup> En las citas de nuestro escritor las cifras arábigas corresponden al volumen, página y línea de la edición de Kühn, Karl Gottlob (1823, reimp. 1965), *Claudii Galeni opera omnia*, Hildesheim. Los tratados que no aparecen en esa obra siguen las normas del TLG. Aunque recogemos el contexto, mencionamos sólo la línea en que se halla el término buscado.

Hemos consultado el trabajo de Gippert, Jost (1997), *Index Galenicus*, Dettelbach. Es un instrumento importante, sin duda, para todo estudio léxico que se quiera hacer sobre nuestro autor. Ahora bien, no siempre se entiende bien el método filológico seguido, pues se ofrecen, alfabéticamente, los datos correspondientes a las distintas formas casuales y, respectivamente, verbales. Todo ello dificulta seriamente el uso de tal índice; a veces presenta simplemente el número de veces de un caso, o forma verbal, sin más indicaciones; por otra parte, en el recuento de ejemplos, recoge también los datos correspondientes a Pseudo-Galeno (según el TLG).

<sup>3</sup> Cf. López Férrez, Juan Antonio (1992), «Galeno y la literatura griega», en *Homenatge a Josep Alsina*. Actes X Simposi Secció catalana de la SEEC, ed. J. Zaragoza-A. González Senmartí, Tarragona, Diputació de Tarragona, I, 217-224.

<sup>4</sup> Como veremos, incluimos en estas páginas tanto los grandes dioses de los repertorios mitológicos como las divinidades menores, y, asimismo, otros seres, no humanos, que, aun siendo mortales, están muy ligados a la divinidad.

<sup>5</sup> Hesíodo, *Th.* 126-132.

(*tòn ouranòn gennêsai*), conforme afirma Hesíodo<sup>6</sup>, y a los seres vivos que hay en ella...»<sup>7</sup>.

En otro momento, nuestro autor critica ciertas teorías sin indicar, como tantas veces, de quién, o quiénes, se trata: «Ni tampoco porque el cerebro está situado en la cabeza, como en una acrópolis, a modo de gran rey, por eso, forzosamente, el principio de la vida está en él, ni tampoco porque tiene establecidos alrededor, a modo de doríforos, los sentidos; ni tampoco, aunque alguien dijera que, precisamente, lo que es el cielo en todo el cosmos, eso es la cabeza en los hombres, y, por tanto, como aquél (*sc.* el cielo) es la morada de los dioses (*oikos tôn theôn*), así también el cerebro es la morada del razonamiento»<sup>8</sup>.

Preguntándose dónde se encuentra la parte principal de nuestra alma – precisamente, añade, la que dios nos ha dado a cada uno como genio divino–, acude al *Timeo* platónico<sup>9</sup>: «sobre ésa que afirmamos que habita en la parte elevada de nuestro cuerpo; y, además, respecto a nuestra comunidad de linaje con el cielo, decimos que nosotros la tomamos a partir de la tierra»<sup>10</sup>.

3. Nuestro autor menciona una sola vez tanto a las Górgonas como a Pégaso<sup>11</sup> (ambos en plural). Si las primeras son varias, con lo que resulta justificado el uso del plural, el segundo siempre fue un ser singular, aunque desde el siglo V a.C. el plural de los nombres propios suele subrayar algún rasgo especial del sustantivo, aportando un cierto matiz intensivo. Se nos habla de Hipocentauros<sup>12</sup>, **Quimera**, **Górgonas** y **Pégasos** en la misma secuencia<sup>13</sup>. Como puede leerse en la traducción ofrecida, todos esos seres, pre-

<sup>6</sup> *Th.* 126 ss.

<sup>7</sup> 15.68.16. (Todas las traducciones son mías)

<sup>8</sup> 5.230.15.

<sup>9</sup> *Ti.* 90 a.

<sup>10</sup> 5.516.18. Pasaje recogido, asimismo, en 103.126.5 (*TLC*)

<sup>11</sup> Hijas de Gea (Tierra) y Ponto son las Górgonas, tres desde Hesíodo. Una de ellas, la única mortal, es Medusa, a la que Perseo daría muerte; del cuello de esta Górgona surgen dos hijos que había concebido por obra de Posidón: Crisaor (padre de Gerión o Ceríones) y Pégaso ( famoso corcel cabalgado por Belerofonte).

Por su parte, la Quimera, hija de Tifoeo y Equidna, era presentada en el mito como un ser monstruoso compuesto de leona, cabra y serpiente. Hermanos suyos son el León de Nemea y la Esfinge que asoló Tebas.

<sup>12</sup> El primero que los menciona es Hecateo (F 372), en el VI a.C., a propósito de los amireos, habitantes de una ciudad de Tesalia, llamados también «centauros» e «hipocentauros». Después, a fines del V y comienzos del IV, los nombra cinco veces Jenofonte (*Cyr.* 4.3.17; 19(2); 20(2) y Platón (*Phdr.* 229 d).

Galeno menciona a los Hipocentauros en otras dos ocasiones. En una de ellas (8.697.4) está hablando también de las Sirenas y de Escila. La otra la leemos en 81.2.1.3 (*TLC*): «Previsión, existe; hipocentauro, no existe...».

<sup>13</sup> 5.357.5: «De manera que, si alguien quisiera conectar el mito con la verdad – que la inteligencia, es decir, el espíritu anímico, se engendra en las partes inferiores–, dirá que se ha completado en la cabeza, y precisamente en lo más alto, porque allí está la cavidad central y la más importante de las del cerebro. Por tanto, yo, como Platón mismo dijo, todos esos mitos (*pánta mythologēmata*) «los considero agradables, pero precisan de un hombre demasiado experto y esforzado y no muy feliz, si no por otra cosa, porque tras ello le resulta forzoso rectificar la figura de los Hipocentauros, y, después, de la Quimera, y le vendrá encima una muchedumbre de tales Górgonas y Pégasos, una multitud de figuras extrañas y extravagancias de otras naturalezas monstruosas (*teratológōn*), y, si no creyendo en ellas, las conduce a la verosimilitud de cada una, usando cierta sabiduría grosera, necesitará mucho tiempo».

sentados por los mitos tradicionales, eran considerados por Platón «naturalezas portentosas», «monstruosas», opinión aceptada por Galeno.

La Quimera (3), a su vez, está registrada en otras dos ocasiones, correspondientes al mismo pasaje: «Por tanto, él (*sc.* Platón) comparó la imagen de nuestra alma completa a lo que se cuenta de los animales (*tà mytheuómēna tōn zōōn*), imagen como la que los poetas afirman de la Quimera, Escila y Cérbero. Pues no consiguió comparar nuestra alma con ningún otro ser más apropiado de entre los que hay ahora en el cosmos. Semejante es también el símil del auriga y los caballos, pero carece de la imagen expresada en la *República*, en virtud de la cual afirma que nuestra alma se parece a los animales compuestos, como la Quimera según sostiene el mito (*hōs hē Chímaira mytheúetai*)»<sup>14</sup>.

Tres veces se menciona la Esfinge (3) en el médico de Pérgamo<sup>15</sup>; en todas ellas se alude a los «enigmas de la Esfinge», como explicaciones o teorías difíciles, o imposibles, de comprender. En una ocasión, precisamente en el tratado *Sobre los pulsos*, nuestro hombre se refiere a la claridad de sus escritos, sosteniendo que no aparecen por ninguna parte «enigmas de la Esfinge» como los que, en número infinito, escriben Arquígenes y los suyos<sup>16</sup>.

4. Dentro de lo que suele considerarse el mito de sucesión, tenemos dos menciones de **Hades** (2). En la primera se alude a ciertas personas de edad avanzada que no toleran los baños asiduos y a quienes les conviene no retener excrementos picantes a causa de la frialdad de su constitución: «Al de esa edad le llaman «enviado», como dicen los que disfrutan con las etimologías, comparándolo con enviar la procesión que conduce a Hades»<sup>17</sup>. En la segunda, a propósito de la parte concupiscente localizada por los antiguos en el hígado, Galeno menciona a Homero<sup>18</sup>, «que presenta a Titio castigado en Hades por el acto impúdico que intentó cometer contra Leto<sup>19</sup>; ...no presentó el corazón ni el cerebro ni ninguna otra parte de Titio comida por el deseo erótico cuando trataba de cometer su insolencia, sino que afirma que recibía el castigo sólo el hígado, la víscera causante de la insolencia, como era natural»<sup>20</sup>.

---

Habría sido necesario que Crisipo, tras haber leído ese pasaje, se hubiera apartado de los mitos (*apokechōrēkénai tōn mythōn*) y no hubiera perdido el tiempo explicando sus significados (*autōn tās hyponoías*). Pues si uno llegara a eso de una vez, surgiría innumerable abundancia de mitos (*anárithmon plēthos epirrei mythologēmáton*), de manera que perdería toda la vida si los recorriera todos». (El texto platónico citado lo hallamos en *Phdr.* 229 d. Es el único lugar en que nuestro médico emplea el adjetivo *teratólogos*, que encontramos por primera vez en Platón (1: *Phdr.* 229e). y, luego, en autores tardíos: Ateneo (1), Elio Herodiano (1), Pólux (3), Casio Dión (1), etc.

<sup>14</sup> 5.2.70; 74. Es la única aparición de Cérbero en nuestro médico.

<sup>15</sup> 8. 935.16; 936.11; 18 B 300.5.

<sup>16</sup> 18 B 300.5. Arquígenes de Apamea, médico de orientación ecléctica, defensor de las teorías pneumáticas, vivió en la época de Trajano (siglo I d. C.).

<sup>17</sup> 6.379.16. Hay un juego etimológico entre *pémpelos* (término raro recogido por Licofrón y Galeno —que lo registra sólo una vez) y *ekpémpesthai*, «enviar, despachar».

<sup>18</sup> *Od.* 11.576-581 (Galeno cita esos seis versos): dos buitres, colocándose a su lado, le roían el hígado.

<sup>19</sup> Titio quiso violar a Leto; los hijos de ésta (Ártemis y Apolo) lo mataron con sus flechas. Es uno de los que sufren castigo eterno en el Hades.

<sup>20</sup> 5.583.17.

5. Según Hesíodo, dioses y hombres llaman Afrodita a la diosa porque nació de la espuma<sup>21</sup>; el mismo poeta sostiene que también la llaman Filomedeia porque surgió de los genitales<sup>22</sup>.

En Galeno contamos con dos menciones<sup>23</sup> de la propia **Afrodita** (3), más otra con el apelativo de Cipris<sup>24</sup>. Nuestro médico, dirigiéndose, mentalmente, a Aristóteles, afirma: «pues tú fuiste el único que comparaste el semen con la espuma, afirmando que muchas burbujas invisibles por su pequeñez, reuniéndose en un solo punto, lo forman. Y no censuraste el mito cuando dice que Afrodita ha nacido de la espuma»<sup>25</sup>.

Según algunos, Hermafrodito<sup>26</sup> es hijo de Ares y Afrodita<sup>27</sup>. Pues, bien, nos ocuparemos ahora de los llamados «hermafroditos», mencionados dos veces, en plural, por nuestro autor. En el pasaje más importante, el médico expone que, o en los dos espermias, masculino y femenino, hay partes de órganos masculinos y femeninos, o bien órganos femeninos, en el femenino, y masculinos, en el masculino: «mas de cualquiera de los dos modos que sea, ambos espermias, mezclándose, se plasmarán en lo engendrado; todos nuestros descendientes llegan a ser tales por su figura como los modeladores modelan a los llamados hermafroditas, que tienen ambas partes sexuales completas, tanto las de los varones como las de las mujeres. Pero si faltan ambas, también será necesario que falte una pierna, y un brazo, y cualquiera otra parte...»<sup>28</sup>.

6. De **Zeus** (149) hemos localizado numerosos pasajes en nuestro autor. Insistiremos sobre esta divinidad cuando hablemos de Metis, Atenea, Hefesto, Leto, Ticio y Proteo<sup>29</sup>.

<sup>21</sup> Th. 195-198: *aphrós*.

<sup>22</sup> Th. 200: *philommēdéa, hōti mēdeōn exephaánthē*. Recuérdese que Crono castró a su padre Urano: del órgano sexual, caído en el mar, surgió Afrodita.

<sup>23</sup> Una de ellas (13.883.10) alude simplemente al nombre de un remedio.

<sup>24</sup> 5.411.5. Es una cita de Crisipo (*Fr.* 475.37) en que se menciona el *Fr.* 340 de Eurípides (de la tragedia *Dic-tis*): «Cipris, aun reprendida, nada cede;/si es reprimida, gusta de tirar más;/y Eros, reprendido, aprieta más».

<sup>25</sup> 4.531.14: *sū kai tòn mýthon ouk emépsō, tēn Aphrodītēn ex aphroū gegenēsthai légonta*.

<sup>26</sup> Como adjetivo lo tenemos en un fragmento de Hesíodo (194.3, donde Agamenón sería hijo de Plístenes, hermafrodito o cojo...); Clearco recoge el sustantivo una vez, ya en el siglo IV; una centuria más tarde lo menciona el cómico Posidipo (2); Mnaseas menciona el adjetivo, afirmando en 35.2, que Priapo es hermafrodito; dos siglos más tarde, Diodoro utiliza el sustantivo en dos pasajes (véase, en especial, 4.6.5.2), más, en una ocasión, el adjetivo; en el II d. C. contamos con catorce apariciones del vocablo, entre las que destacan tres ejemplos del sustantivo en Luciano (*DDeor.* 3.1.2 nos presenta a Eros, Hermafrodito y Priapo como hermanos, procedentes de la misma madre, aunque muy distintos en aspecto y actividades) y dos en Galeno; entre el II y el III d. C., Clemente de Alejandría (*Paed.* 2.10.85.2) menciona a quienes cuentan cosas monstruosas (*teratologōintes*) y hablan de los hermafroditos y de una tercera naturaleza (andrógina), mezcla de hombre y mujer.

<sup>27</sup> Así en Diodoro 4.6.5.2. Por su lado, Ovidio, *Met.* 4. 288-388, cuenta cómo Hermafrodito fue amado por la ninfa Sálmacis y de qué modo, estrechamente ligados el uno al otro, fueron convertidos en un solo ser, dotado de ambos sexos.

<sup>28</sup> 4.619.9. En la otra secuencia (18 A 148.16), a propósito del aforismo hipocrático según el cual una mujer no llega a ser ambidextra (*Aph.* 7.43, 4.588.14 L.), afirma nuestro autor que, según algunos, se habla allí «de los llamados hermafroditos», en el sentido de que el órgano femenino se da en el varón, pero el masculino no aparece en la mujer.

<sup>29</sup> Zeus es también el nombre de una píldora, apropiada para las afecciones artísticas y podágricas, en cuya composición entran el opio y la adormidera: 13.358.16.

A propósito de su nacimiento leemos lo siguiente: «Quiere (*sc.* Filón)<sup>30</sup> que sea el (*sc.* nardo) cretense, cuando sostiene que lo crió el lugar que alumbró a Zeus en Pisa, ya que los mitólogos afirman que Zeus fue criado en el monte Dicteo, en Creta, ocultado por su madre Rea<sup>31</sup> para que no fuera tragado por su padre Crono<sup>32</sup>. A Zeus se le atribuyó Pisa, como muchos suelen decir en la vida corriente, incluso fuera de la composición poética: ¡Por Apolo de Pérgamo!, ¡Por Ártemis de Éfeso!, ¡Por Apolo de Delfos!, ¡Por el fuego de Eleusis!. Algunos afirman que no se menciona la tierra cretense, sino la india, de la que procede el marfil, pues de ése está formada la estatua de Zeus en Pisa...»<sup>33</sup>.

A propósito de la decisión (*gnōmē*) del gran dios, sobresale un texto en que el médico está hablando de un relato (*mýthos*) preparado en verso por un hombre no ajeno a las musas: «Si por decisión de Zeus todos los animales tuvieran concordia y comunidad para la vida, de modo que el heraldo de Olimpia convocara no sólo a los hombres que van a competir, sino que también invitara a todos los animales a venir a un único estadio, pienso que ningún hombre recibiría la corona...»<sup>34</sup>.

Las **Horas** son mencionadas una vez por nuestro médico, si bien las ediciones suelen presentarlas transcritas con minúscula, en vez de mayúscula: «Pues bien, a sus hijos la Tierra, rociándolos continuamente, les suministra, a modo de vientre, un alimento preparado y abundante, mientras las Horas, hijas de Zeus, existan por naturaleza...»<sup>35</sup>.

El **Ensueño** lo encontramos en una cita homérica. Así leemos en nuestro médico: «Y es evidente que Hipócrates sólo a los augures les llama adivinos del mismo modo que el poeta. Pues también aquél (*sc.* Homero), demostrando en muchos lugares de su poesía que el arte augural es pronóstico de lo que sucederá, afirma en el comienzo del canto alfa: «Mas, ea, llamemos a algún adivino o sacerdote, / o también a un intérprete de sueños: que también Ensueño procede de Zeus»<sup>36</sup>, llamando sacerdote al harúspice, intérprete de sueños, al que se ocupa de los sueños, y adivino, al augur...»<sup>37</sup>.

En su larga lucha por hacerse con el poder supremo, el padre de dioses y hombres, ayudado por sus hermanos y alguna otra divinidad, libró encarnizada lucha contra los

<sup>30</sup> Véase nota 162.

<sup>31</sup> Es la única aparición de tal diosa en nuestro médico.

<sup>32</sup> Sólo aquí encontramos a este dios. Por otro lado, Galeno utiliza una sola vez los adjetivos Cronida (5.351.13. Texto procedente de Hesíodo, *Fr.* 343.9) y Cronión (14.145.13. Cita de Heliodoro médico).

<sup>33</sup> 13.271.14 ss. Otra mención de la famosa estatua crisoelefantina de Olimpia, obra de Fidias, la leemos en 3.239.3.

<sup>34</sup> 1.36.1.

<sup>35</sup> 7.129.13: *hai ek Diōs hōrai*. Según Hesíodo, *Th.* 902, hijas de Zeus y Temis son las tres Horas: Eunomia («Buen Gobierno»), Dice («Justicia») e Irene («Paz»).

<sup>36</sup> *Il.* 1.62-63 (*kai gár t'ónar ek Diōs*). En este pasaje se presenta a Ensueño como «procedente», es decir, «nacido de Zeus». Leemos en otro lugar que Hermes, acompañando las almas de los pretendientes hacia la región donde habitan las almas de los muertos, pasa a lo largo de las puertas de Helio (Sol) y del pueblo de los Ensueños (*Óneiroi*) (*Od.* 24.12). Hijos de la Noche, según Hesíodo (*Th.* 211 ss.), son, entre otros Tánato, Hipno (Sueño), Óneiroi (Ensueños), etc.

<sup>37</sup> 15.442.

Titanes<sup>38</sup>: fue la famosa Titanomaquia. Varios autores presentan a Atlas (hijo del Titán Jápeto) como jefe del bando enemigo: tras ser derrotado, se vio condenado a llevar sobre sus hombros la bóveda celeste. Dos menciones de **Atlas** (2) leemos en el autor de Pérgamo. En la primera se nos dice: «Habiéndonos presentado uno por la mañana, según costumbre, para que lo reconociéramos, afirmaba que había estado despierto toda la noche, considerando qué ocurriría si a Atlas, enfermo<sup>39</sup>, le pareciera bien no soportar ya el cielo»<sup>40</sup>. Y, en la segunda, a propósito de los melancólicos, tenemos lo siguiente: «Otro tenía miedo de que quien sostiene el cosmos, Atlas<sup>41</sup>, estando cansado, lo arrojará de golpe, y de ese modo él mismo pereciera y con él nos hiciera perecer a nosotros»<sup>42</sup>.

En la Titanomaquia, se pusieron del lado del gran dios los monstruosos Hecatonquires («Ciembrazos»). De uno de éstos, **Briáreo**, hablaremos a continuación. Pues bien, Zeus, una vez conseguido el poder, tuvo, no obstante, que librar duras luchas para mantenerlo. Entre esas lides sobresale la feroz pelea con **Tifoeo** (o Tifón), hijo de Gea. Una vez encontramos a tal dios en las obras de Galeno: «Y si afirman que la figura del hombre es el cuerpo, es el momento de decir que la animalidad es el cuerpo, y que lo engendrable es corruptible, y que la virtud de razonar es sensatez, y que la condición de ateniense y el filosofar son ser hijo de Sofronisco, y que la nota de chato y la calvicie son también tener vientre prominente, y que nombrar cualidades corporales iguales en número a los demás accidentes es nombrar un animal de muchas roscas y muchos cuerpos<sup>43</sup>, más que Briáreo y Tifoeo»<sup>44</sup>. La alusión es breve, pero nos hace recordar, respectivamente, los numerosos anillos del cuerpo serpentino de Tifoeo<sup>45</sup> y los cien brazos de Briáreo<sup>46</sup>, famoso Hecatonquir.

<sup>38</sup> Los Titanes (seis de cada sexo) son hijos de Gea y Urano.

<sup>39</sup> En el texto tenemos *kámnonti*, que puede ser interpretado como «cansado, fatigado», y, asimismo, «enfermo».

<sup>40</sup> 17 A 213.17.

<sup>41</sup> *ho bastázōn tōn kósmōn Atlas*.

<sup>42</sup> 8.190.8.

<sup>43</sup> *polyplokōteron kai polysōmatōteron ...zōon*. Merece la pena comentar un poco esos dos adjetivos. Por un lado, *polyplokōteron*, mencionado sólo una vez por varios autores. En primer lugar, Aristófanes (*Th.*4.35), que lo atribuye a una mujer; luego, Platón (*Phdr.*230 a), habla de un animal con «más roscas (*polyplokōteron*) que Tifoeo»; este testimonio es recogido por Crisipo (657.13), Plutarco (1119 b), Pausanias gramático y Galeno.

Por otra parte, *polysōmatōteron*, más raro todavía, lo hallamos en Anaxágoras (A 84, según Accio. 3.3.4), y, posteriormente, en nuestro autor.

<sup>44</sup> 19.482.3.

<sup>45</sup> Según Apolodoro (1.6.3), Tifoeo era más alto que las montañas más elevadas, hasta el extremo de tocar los astros con su cabeza; sus manos poseían cien cabezas de serpientes, y sus pies consistían en numerosos anillos viperinos; su cuerpo, por otro lado, estaba bien dotado de alas; es el último monstruo engendrado por Gea (Tierra) con el propósito de destronar a Zeus; tras numerosas peleas, el gran dios consiguió vencerlo, poniéndole encima el Etna, donde el espantoso ser permaneció prisionero, pero no muerto. Las erupciones del Etna solían explicarse como convulsiones del malherido Tifoeo.

<sup>46</sup> Los Hecatonquires son hijos de Gea y Urano; su ayuda fue decisiva para que Zeus triunfara en la Titanomaquia. Estaban dotados de cincuenta cabezas y cien brazos. El número de los Hecatonquires suele ser tres entre los mitógrafos; Briáreo es quizá el más conocido.

7. Nix («Noche»), por sí misma, engendró abundante prole. Entre los descendientes sobresale Némesis<sup>47</sup>, llamada también Adrastea, y Eris. Dentro de las funciones de esta divinidad, diferentes según los distintos autores, figura repartir a cada uno lo que le corresponde y merece; misión suya es asimismo el castigo de las iniquidades cometidas.

Galeno menciona a **Adrastea** (4) en cuatro ocasiones. En un texto bastante extenso se habla dos veces de la «ley de Adrastea». El médico de Pérgamo está hablando de Asclepiades de Prusa (Bitinia), que vivió en los siglos II-I a. C. y unió la teoría del pneuma a los principios atomistas: «Sí, por cierto, también ahora, sobre las cosas mal dichas por Asclepiades a propósito de los vasos del pulmón, he decidido recordar y demostrar que nadie escapará de la ley de Adrastea (*tòn tês Adrasteías...thesmón*), ni aun siendo suficientemente astuto y hábil en hablar, sino que él mismo reconoce su malicia y, para la verdad, resulta un testigo mucho más fidedigno que los demás, en la medida en que no presta su testimonio de grado...Pero Asclepiades, habiendo transgredido ambas causas —la de la previsión del demiurgo, dicha la primera; y la que es como material, la segunda —, tras llegar al tipo de causa más menospreciable de todos — tipo al que ningún hombre dialéctico creo que lo llamaría causa—, piensa que es persuasivo y sabio, sin comprender, creo, la ley Adrastea: que ningún otro argumento refuta lo absurdo de sus postulados como ese mismo que, según opina, ha sido descubierto sabiamente por él»<sup>48</sup>.

En las otras dos secuencias, Adrastea aparece como genitivo agente. En una ocasión, Galeno refuta a los que yerran sosteniendo que los principios de la generación no están separados: «Aristóteles, todavía más, afirma de algunos animales que han sido vistos todos los que estaban preñados, y que entre ellos no hay ninguno segregado, sino que está unido. Por eso no esperan un acusador de fuera, sino que ellos mismos se condenan vencidos por Adrastea (*hypò tês Adrasteías nikōmenoi*)<sup>49</sup>». En el otro pasaje, nuestro autor se refiere a su coetáneo Arquígenes, médico que utilizaba las diferencias de los nombres tal como habían sido empleadas por los pseudodialécticos: «Pues, tanto entre los demás griegos como entre los antiguos filósofos, el nombre de la diferencia se dice de esas tres maneras que poco antes expusimos: por géneros y especies, común; por lo que se encuentra en las divisiones, sin ser ni especies ni géneros, propio; sólo de este significado se acordaron, olvidándose por completo del común, e irritados por Adrastea (*hypò tês Adrasteías nemesōmenoi*) no permanecen en su propia legislación. Por eso, yo, ahora, no recuerdo el significado de los nombres de parte de los demás griegos, aun siendo muy fácil para mí tomarlo de todos, sino el que procede de esos mismos pseudodialécticos»<sup>50</sup>.

<sup>47</sup> Transformada en cisne y fecundada por Zeus, sería madre del huevo del que nació Helena.

<sup>48</sup> 3.464.3-466.11.

<sup>49</sup> 4.622.1.

<sup>50</sup> 8.630.6.

**Eris** («Discordia») (7) es considerada en *Trabajos y Días* como una divinidad dual, cuando se nos habla de dos Érides diferentes<sup>51</sup>: una, buena, hija de la Noche, y otra, mala, de cuya genealogía no se dice nada. Pero el mismo poeta, en la *Teogonía*<sup>52</sup>, parece referirse tan sólo a la Eris malvada cuando enumera las desgracias y dolores a que da lugar.

Galeno recoge el sustantivo en catorce pasajes, pero sólo siete de entre ellos aluden, en mayor o menor medida, al personaje mítico. En una secuencia se nos dice: «Que nosotros tengamos discrepancias a propósito de las cosas, a uno le parecerá quizá necesario, a otro, razonable, a otro, digno de comprensión. Pero, según el poeta trágico, «si, para todos, lo bello y lo sabio fuera lo mismo, / no tendrían los hombres enfrentada discordia»<sup>53</sup>. El otro pasaje es un ejemplo de convergencia léxica: seis veces hallamos el sustantivo estudiado, más tres apariciones del verbo correspondiente (*erízō*). El autor está hablando de los Asclepiadas de Asia. Nos ceñimos a lo esencial: «Y rivalizaban (*erízōn*) con ellos con aquella buena discordia (*tèn agathēn érin ekeinēn*) que Hesíodo elogiaba, tanto los médicos de Italia –Filistión, Empédocles y Pausanias– como los seguidores de éstos. Y se formaron esos tres grupos maravillosos de médicos que porfiaban entre sí, no para arar ni sembrar la tierra, pues esas actividades son inferiores al linaje de los Asclepiadas y convenientes para el poeta ascreo<sup>54</sup>, sino para practicar y aumentar siempre e intentar completar el arte de Apolo y Asclepio. Pero ahora se ha perdido la buena discordia (*hē agathē éris*), o es poco y, además, oscuro lo que de ella hay entre los hombres. Prevalece la mala, y no hay ninguno que la aparte ni la cure, como Hesíodo: «Y que la Eris, gozosa con el mal, no aparte tu ánimo del trabajo»<sup>55</sup>. Pues esa Eris, como el poeta más divino que Hesíodo afirma a su vez: «Ésta poco se yergue al principio, pero luego/ en el cielo afirma su cabeza, y, sobre tierra, camina»<sup>56</sup>. Enloquecido aquel Tésalo por esa discordia, menosprecia a Hipócrates y demás Asclepiadas, y, llenando con sus libros el teatro común de la ecúmene, es juzgado por él y vence y se corona contra todos los antiguos, haciendo de heraldo de sí mismo...»<sup>57</sup>.

8. Según Hesíodo<sup>58</sup>, Zeus tomó como primera esposa a Metis<sup>59</sup>, hija de Océano y Tetis. De la relación, Metis quedó encinta de Atenea. Pero Zeus, convencido por Gea y Urano, se tragó a Metis antes de que diera a luz, a fin de evitar que un futuro descendiente varón lo destronara. Atenea acabó de formarse en la cabeza del gran dios, de la que nació adulta y armada.

<sup>51</sup> *Op.* 11-26, 28.

<sup>52</sup> *Th.* 226-232.

<sup>53</sup> 8.636.6. La cita es de Eurípides, *Ph.* 499-500.

<sup>54</sup> Es decir, Hesíodo. El padre del poeta, un comerciante de la ciudad colia de Cime, se había trasladado a Ascra, ciudad beocia.

<sup>55</sup> Hesíodo, *Op.* 28.

<sup>56</sup> *Il.* 4.442-443.

<sup>57</sup> 10.5.15; 6.2; 7.1.5.6.10. Para Tésalo, véase nota 116.

<sup>58</sup> *Th.* 886.

<sup>59</sup> El nombre común *mētis* quiere decir, en griego, «prudencia, sabiduría».

En las obras galénicas, **Metis** (9) está registrada nueve veces; todas en un mismo contexto, bastante amplio<sup>60</sup>. A propósito de Atenea, leemos lo siguiente<sup>61</sup>: « Pero Hesíodo añade más en la *Teogonía*, aunque algunos otros escriben en teogonías el nacimiento de ella: tras haber estado Zeus, en primer lugar, con Metis, y, después, con Temis. Pero otros relatan en otros escritos, de otra forma, su nacimiento: habiendo surgido una discordia entre Zeus y Hera, Hera, por sí misma, engendró a Hefesto, y Zeus, a Atenea, a partir de Metis que había sido tragada por él. La acción de tragarse a Metis y la generación de Atenea dentro de Zeus están en ambas explicaciones. Difieren en cómo se llevó a cabo, no siendo tal aspecto importante para la presente explicación. Pues lo que es común en ellas es lo único útil para lo que presentamos. Y dice en la *Teogonía* de este modo: « Zeus, rey de los dioses, por primera esposa tomó a Metis, / la que muchísimo sabía entre dioses y mortales hombres. / Mas cuando ya a la diosa de ojos glaucos, Atenea, / iba a parir, entonces, con astucia, engañando su mente / con arteras palabras la colocó en su vientre<sup>62</sup>. / Para que la diosa le contara lo bueno y lo malo<sup>63</sup>/ ». Y, luego, avanzando, afirma así: « Y él mismo, de su cabeza, engendró a la de ojos glaucos, Atenea, / espantosa, guerrera, guía del ejército, invencible, / señora, a la que gustan tumultos, guerras y batallas<sup>64</sup>/ ».

Pues es evidente que, en su pecho, dentro, había puesto a Metis, y también afirma, así, que la engendró por la cabeza. En lo que sigue a esto, explicando más cosas, tal es lo que dice: « Por esta disputa, ella parió un hijo ilustre, / Hefesto, con sus artes, sin Zeus portáegida, / renombrado por sus manos entre todos los celestes. / Y Zeus, con una hija de Océano y Tetis de buena cabellera, / lejos de Hera de hermosas mejillas, se unió, / engañando a Metis, aunque era muy astuta. / Él, asíéndola con las manos, la puso dentro de su vientre, / temiendo que engendrara otro más fuerte que el rayo. / Por ello, el Crónida de alto trono, habitando en el éter, / la tragó de pronto. Y ella, al momento, a Palas Atenea / concibió. A ésta la parió el padre de hombres y dioses / por la cabeza, junto a las corrientes del río Tritón.<sup>65</sup> / Metis, a su vez, en las entrañas de Zeus, oculta / estuvo, madre de Atenea, constructora de justicia, / sabiendo muchísimo entre dioses y mortales hom-

<sup>60</sup> Desde 5.349.18 hasta 353.19.

<sup>61</sup> Toda esta larga cita es el fragmento 908 de Crisipo de Solos que vivió en el siglo III a. C.: autor de numerosos tratados filosóficos es tenido por muchos como el verdadero fundador teórico del estoicismo.

<sup>62</sup> *Th.* 886-890.

<sup>63</sup> *Th.* 900.

<sup>64</sup> *Th.* 924-926.

<sup>65</sup> Los especialistas suelen situarlo al norte de África: de él procederían apelativos de Atenea como Tritogonía, Tritógenes, Tritonia. Al decir de algunos, el río Tritón era padre de una niña llamada Palas con la que la diosa jugaba de pequeña, hasta que un día la hirió o mató; a continuación, la divinidad hizo una figura con forma de niña a la que llamó Paladio, tomando para sí misma el nombre de la muerta (Cf. Pausanias, 9.33.7; Escolio a Licofrón 519; escolio a Apolonio de Rodas 1.109).

[Hay otro Tritón: hijo de Posidón y Anfitrite, de enorme cuerpo, vive soltero en el fondo de las aguas (Cf. Hesíodo, *Th.* 930-933). Dios terrible que suele ser representado con cuerpo humano y cola de pez o delfín, soplando una concha marina].

bres./ Entonces se unió<sup>66</sup> a la diosa Temis. Con sus artes a todos/ los inmortales supera<sup>67</sup>, a quienes mansiones olímpicas habitan,/ tras elaborar en su interior la égida espantaejército para Atenea./ Con aquella engendró él a la que posee armas guerreras»<sup>68</sup>. Tras decir esas cosas, Crisipo, en relación con ellas, escribe lo siguiente: «lo que se dice acerca de Atenea es tal y ofrece aclaración sobre algún otro signo. Pues, en primer lugar, Metis se explica como inteligencia y, respecto a las cosas de la vida, un arte, mediante el cual se debe tragar y reponer las artes, según la explicación, cuando afirmamos que algunos se tragan las cosas dichas, y, mediante la acción de tragar, se explica convenientemente el depositarlas en el vientre»<sup>69</sup>.

9. El médico de Pérgamo menciona a **Atenea** (23) en veintitrés secuencias<sup>70</sup> de las que hemos visto ya varias. Buena parte de las apariciones las hallamos concentradas en el mismo tratado, dentro de unas pocas páginas<sup>71</sup>.

Precisamente en un pasaje anterior al que veíamos a propósito de Metis, leemos: «Ahora, sin embargo, en este libro, ya que pareció bien añadir esas cosas y que he recorrido los demás asuntos expuestos, añadiré, a continuación, la explicación sobre Atenea (*tòn peri tês Athenâs lógon*). Pues percatándose Crisipo de que se oponía a sus dogmas el mito referente a la diosa (*tòn peri tês theoù mýthon*) – haber nacido concebida a partir de la cabeza de Zeus– dice lo siguiente (pues transcribiré toda su exposición, aunque, es, en cierto modo, bastante extensa): «Oigo a algunos que hablan de la parte dirigente del alma e insisten en que está en la cabeza. Pues el hecho de que Atenea, siendo sabiduría y a modo de inteligencia, haya nacido de la cabeza de Zeus, afirman que es señal de que la parte dirigente reside en ésta. Pues sabiduría e inteligencia no habrían nacido en la cabeza de otra forma, de no ser que la parte dirigente estuviera en ésa. Ateniéndose a algo verosímil, pero errando, como a mí me parece, e ignorando lo que se cuenta sobre esos asuntos acerca de los cuales nada malo es hablar con más extensión en el presente estudio, afirman unos, así, simplemente, que nació de la cabeza de Zeus, sin añadir cómo ni por qué motivo...»<sup>72</sup>.

Una vez expuesta, por extenso, la opinión del filósofo estoico, nuestro autor resume el sentido de lo allí expresado: «Esa es la explicación de Crisipo. Pero ya que es muy larga y por eso quizá algunos no comprenden exactamente el sentido, intentaré yo, con brevedad, decir lo que quiere mostrar. No pugna conmigo, afirma, el mito que dice que Atenea ha nacido de la cabeza de Zeus y tiene inteligencia. Pues no es tan sólo eso mismo lo que

<sup>66</sup> El sujeto sería Zeus. Hay problemas textuales.

<sup>67</sup> El sujeto debe ser Metis.

<sup>68</sup> Hesíodo, *Fr.* 343.1-19 M.-W. Corresponde al fragmento 909 de Crisipo.

<sup>69</sup> 5.349.18; 350.3.5.9; 351. 1.10.17; 352.9

<sup>70</sup> *Athēnā* (21), *Athēnaiē* (1), *Pállas* (1).

<sup>71</sup> En 5.348-355 hay diez apariciones del sustantivo estudiado.

<sup>72</sup> 5.348.14 ss. *Cf.* Crisipo, *Fr.* 908.6 ss.

se ha dicho en el mito, sino que Zeus, habiéndose tragado a Metis y tras quedar como preñado de ella, a la muchacha que se engendró en sí mismo la parió por la cabeza. Afirma que lo del mito se dice así, pues algunos relatos, explicando que todas las artes se forman en el corazón mediante la razón, las sacan a la luz por la cabeza. Pues también la boca es una parte de la cabeza: no sólo lo dotado de cabellos, sino también toda la parte desde el cuello hacia arriba se llama cabeza, en virtud de cuyo significado decimos que la cabeza de alguno ha sido cortada. Pero si el mito había contado que Atenea había salido, no de la boca de Zeus, sino de la cabeza, (*sc.* Crisipo) afirma que no es nada extraño que se produzcan muchos cambios tales en lo referente al significado...»<sup>73</sup>.

Como puede comprobarse, Galeno acepta el mito en que se habla del nacimiento de Atenea y critica a Crisipo, precisamente, por apartarse del relato tradicional.

Prescindimos de otras secuencias en que el nombre de Atenea no está relacionado con el mito<sup>74</sup>.

10. **Temis** (2) es la segunda esposa de Zeus, según la *Teogonía* hesiódica<sup>75</sup>. Nuestro médico la menciona dos veces, expuestas ya anteriormente<sup>76</sup>.

Entre los descendientes de Zeus y Temis figuran las Horas, de las cuales ya hemos hablado<sup>77</sup>.

11. Las **Musas** son hijas de Zeus y Mnemósine («Memoria»)<sup>78</sup>. Viven en el monte Helicón (Beocia), aunque también se las sitúa en el monte Parnaso por su estrecha relación con Apolo, que recibía en Delfos –al pie del último monte citado– culto especial. También el Olimpo y, en general, las cumbres montañosas son consideradas moradas de estas divinidades.

Galeno utiliza algunas veces a las Musas como sinónimo de inspiración poética. A nosotros nos interesan los escasos pasajes en que alude a ellas, como divinidades. Así, explicando cómo en un pasaje hipocrático<sup>79</sup> no se sigue el orden que sería de esperar de atenderse a la enumeración, recuerda una cita homérica en que sucede eso mismo. El poeta épico se dirige a la Musa y dice así: «Y quién de éstos era el mejor, tú dímelo, Musa, / de los hombres y de los caballos que a los Atridas acompañaban»<sup>80</sup>. Efectivamente, en tal

<sup>73</sup> 5. 353.16, 354.12, 355.6.

<sup>74</sup> Galeno menciona un emplastro de usos diversos llamado precisamente como la diosa. *Cf.* 13.494.5-15; 578.7; 650.12; 906.9.

<sup>75</sup> *Th.* 901-906.

<sup>76</sup> A propósito de Metis: 5.349.18 y 5.352.2.

<sup>77</sup> Véase el pasaje recogido en la nota 35.

<sup>78</sup> Es la quinta unión matrimonial del padre de los dioses, según la enumeración hesiódica. *Cf. Th.* 915-917.

<sup>79</sup> *Off.* 3.III 278.1-2 L.: «El que opera, o sentado o de pie, de modo conveniente respecto a sí mismo, a la parte operada, a la luz». En la enumeración que sigue a estas palabras, el hipocrático se ocupa primero de la luz; luego, del propio médico que opera; finalmente, de la parte operada.

<sup>80</sup> 18 B 675. 13. El pasaje homérico es *Il.* 2.761-762.

lugar de la *Ilíada*, tras la pregunta del aedo, se habla primero, no de los hombres, sino de las yeguas conducidas por Eumelo, hijo de Admeto, como las mejores del ejército aqueo.

A propósito de Apolo, afirma el autor de Pérgamo: «Ese mismo dios se muestra honrando, y no de modo mesurado, a Arquiloco muerto. Pues, a su asesino, cuando quería entrar en su templo, se lo impidió diciendo: «Mataste al servidor de las Musas. Sal del templo»<sup>81</sup>.

Con referencia a Hermes y las Musas, se nos dice algo que ni siquiera tales divinidades podrían conseguir. Efectivamente, Galeno menciona a quienes se consideran a sí mismos mejores que Hipócrates: «La estupidez de éstos ni siquiera Hermes, junto con las Musas, podría curarla (*iásaito*)»<sup>82</sup>.

Volveremos a hablar de las Musas cuando nos ocupemos de Apolo<sup>83</sup>.

12. En la enumeración de las esposas de Zeus ofrecida por la *Teogonía* hesiódica<sup>84</sup>, Leto ocupa el sexto lugar. De la unión de la pareja nacieron Ártemis y Apolo. Galeno menciona a **Leto** (4) en cuatro ocasiones; dos de ellas en relación con Titio, del que hablaremos más abajo; otra la veremos al ocuparnos de Apolo. Veamos ahora el cuarto pasaje. El médico de Pérgamo, hablando de Calianacte<sup>85</sup>, discípulo de Herófilo<sup>86</sup>, recoge un par de anécdotas interesantes: «Estando uno enfermo y habiéndole dicho a Calianacte «me moriré», afirman que éste le contestó con el siguiente verso: «Si no te engendró Leto de hermosos hijos»<sup>87</sup>. Y, diciendo otro eso mismo, replicó: «Murió también Patroclo, que era mucho mejor que tú»<sup>88</sup>.

De **Titio** (o Ticio)(7) nos hablan varios autores griegos<sup>89</sup>. Por su lado, nuestro médico cita diversas fuentes literarias en apoyo de su teoría sobre el asiento de la parte con-

<sup>81</sup> 1.9.35.

<sup>82</sup> 10.583.2. Téngase en cuenta que la *anaisthēsia*, «embotamiento, estupidez, falta de sensibilidad» es evidente antonimia respecto de las condiciones propias del dios Hermes (famoso por su elocuencia y astucia) y de las Musas (protectoras de las actividades artísticas y espirituales). Lo innovador del pasaje es considerar «curadores» tanto al uno como a las otras, es decir, con las funciones propias de Apolo y Asclepio.

<sup>83</sup> 1.2.13.

<sup>84</sup> *Th.* 918-920.

<sup>85</sup> Su vida puede centrarse hacia el 250 a.C. Las referencias de nuestro escritor son casi lo único que sabemos de él.

<sup>86</sup> El ilustre médico Herófilo de Calcedón trabajó en Alejandría con los dos primeros Ptolomeos: siglos III-II a.C.

<sup>87</sup> *Tragica adespota* 178.1.

<sup>88</sup> 17 B 145.15. La última cita está tomada de *Il.* 21.107. Así le habla Aquiles a Licón, hijo de Príamo, cuando se disponía a dar muerte al troyano.

<sup>89</sup> Homero lo presenta como hijo de Gea: un Gigante, quizá. Para otros autores, era hijo de Zeus y de una mortal: Élara. Citado dos veces en Homero (*Od.* 7.324; 11.576) y otras dos en Píndaro (*P.* 4.46;90. En el poeta tebano (*P.* 4.90) leemos que una flecha de Ártemis acabó con él). Por su lado, en Apolodoro (1.23.2) se indica que unos buitres se comían su corazón en Hades; yendo Leto hacia Delfos, Titio la vio, y, dominado por el deseo, la atrajo hacia él; la diosa pidió socorro a sus hijos, que mataron al insolente con sus flechas.

Otras citas de tal personaje mítico las encontramos en Platón (*Ax.* 371 e; *Grg.* 525 d), Ferecides( 5 a; b(bis)), Aristóteles (*MA* 698 b), Teócrito (22.94), Éforo (31 a 5: lo presenta como soberano de Panopeo, y hombre injusto y violento; 31 b 25;32), Matrón (dos veces: 1.36; 3.534.16), Apolonio de Rodas (1.181;761: sostiene que lo parió

cupiscible del alma. «Y ése (*sc.* Homero), además de otras cosas, escribió esto sobre el hígado: «Y vi a Titio, hijo de Gea ilustre./ yaciendo en el suelo; estaba acostado a lo largo de nueve yugadas./ y dos buitres, situados a cada lado, roíanle el hígado/ penetrando hasta sus entrañas. Y él no lograba defenderse con sus manos./ Pues a Leto violó, augusta esposa de Zeus, / cuando iba a Pito por Panopeo espaciosa/»<sup>90</sup>. En esos versos el poeta demuestra claramente que la parte concupiscible del alma se halla en el hígado. «Pues», afirma, «Titio deseó violar a Leto, y por eso dos buitres le roen el hígado», en la idea de que recibe el castigo en el órgano que dio comienzo a la insolencia»<sup>91</sup>.

Con respecto a Hipócrates y Platón, añade en otro momento: «Sobre que sitúan también la parte concupiscible en el hígado, me era lícito darle crédito a éstos mediante muchos testigos, pero, a fin de no parecer que practico lo que aconsejo evitar y que paso el tiempo en cosas inútiles, haré mención de Homero, que introduce a Titio castigado en Hades, por la insolencia que intentó cometer contra Leto: ...»<sup>92</sup> No presentó el corazón, ni el cerebro, ni ninguna otra parte de Titio comida por el deseo erótico cuando intentó cometer la violación, sino que afirma que sólo el hígado —la víscera responsable de la insolencia— sufre el castigo, como era razonable»<sup>93</sup>.

Y, más adelante, escribe: «Pues así suelen hacer también ahora quienes castigan a los sirvientes cuando cometen faltas, quemando las piernas de los que han huido, haciéndoles cortes e hiriéndolos, y de los que han robado, las manos, y, asimismo, de los golosos, el estómago, y de los charlatanes, la lengua, y, para decirlo de una vez, castigando aquellas partes mediante las cuales cometen las malas acciones. Y si alguien puede decir alguna otra acusación contra quienes alaban los escritos de Crisipo, acusación por la cual Homero presentó a Titio castigado de ese modo, la oiría con gusto. Si no la dicen ni la encuentran, creo razonable, por delante de Hipócrates y Platón, elogiar a Homero que así opinó, y ponerlo también por testigo de lo que nosotros sepamos mediante demostración»<sup>94</sup>.

Otro texto en el mismo sentido: «Lo que creen todos los hombres —la parte racional está asentada en el cerebro, la viril e irascible en el corazón, y la concupiscible en el hígado— es posible aprenderlo cada día oyendo a quienes lo dicen, incluso al ignorante, porque no tiene cerebro; y, además, al miedoso y cobarde, porque carece de corazón. Y que el hígado de Titio es comido por un águila, no sólo cabe aprenderlo de quienes lo dicen en sus poemas, sino de quienes lo modelan y pintan»<sup>95</sup>.

Élara, pero lo crió Gea), Crisipo (87.6), Estrabón (9.3.12.8; 9.3.12.18; 9.3.14.3; 9.3.14.5; 9.3.14.6; 9.3.14.7), Flavio Josefo (*BI* 2.156.5), Plutarco (*Pel.*16.7.3; 945 b), Apolodoro (1.23.2.5) etc.

<sup>90</sup> *Od.* 11.576-581.

<sup>91</sup> 5.342.11; 343.1.

<sup>92</sup> Siguen los cuatro versos homéricos citados anteriormente.

<sup>93</sup> 5.583.16; 584.1.8.

<sup>94</sup> 5.585.2.

<sup>95</sup> 8.159.16. Pasaje relevante por la mención de representaciones escultóricas y pictóricas de Titio. Nótese, por otra parte, que se habla ahora de un águila, en vez de buitres, como animal que consumía el hígado del per-

13. Varias fuentes mitológicas presentan a **Ártemis** (5) como nacida antes que su hermano gemelo, Apolo. Es más, añaden que la recién nacida ayudó a su madre (Leto) en el alumbramiento de aquél.

Galeno menciona en cinco ocasiones a esta diosa. En un pasaje visto anteriormente<sup>96</sup> leíamos la advocación a la Ártemis de Éfeso, lugar en que la divinidad recibía culto especial y donde estaba el famoso templo a ella dedicado, el Artemisio<sup>97</sup>. Otra secuencia nos da luz sobre lo que hablaban las gentes del pueblo (*dēmósion ákousma*): «Cualquier cosa les parece bien; unos lo dicen de un modo, otros, de otro, y a Atenea la llaman por un número, y por otro, a Ártemis, y a Apolo, por otro...»<sup>98</sup>.

La diosa, protectora del parto, defensora de los animales salvajes y, en especial, de sus crías, es, al mismo tiempo, patrona de la caza<sup>99</sup>. La virginidad intacta y permanente es otro de sus atributos más preciados; la divinidad se la exige también a sus seguidores<sup>100</sup>. Nuestro autor, comentando una cita de las *Epidemias* hipocráticas en que se menciona a Pitió<sup>101</sup>, que habitaba cerca del santuario de Gea, afirma: «Pues incluso aunque fuera servidor o sacerdote, no le habría sido forzoso abstenerse continuamente de los placeres sexuales, como si fuera sacerdote de Ártemis o de Atenea...»<sup>102</sup>.

Nuestro médico nos ofrece un testimonio de indudable importancia para la historia de la medicina y de la cultura<sup>103</sup>. Efectivamente, hablando de las distintas clases de tierra, el autor de Pérgamo se refiere a una especial, propia de la isla de Lemnos: «Deposítándose eso, toda la parte de tierra pétrea y arenosa se marcha abajo, y sobrenada la tierra pura. Cosa tal sucede en la tierra lemnia, a la que algunos llaman minio lemnio, y

---

sonaje mítico. No hemos hallado ninguna mención del águila en ningún autor anterior a Galeno. En cambio, es bien sabido que Zeus castigó a Prometeo, mediante un águila que le comía el hígado de modo incesante (véase Esquilo, *Pr.* 1022).

<sup>96</sup> Cf. nota 33.

<sup>97</sup> Algunas fuentes sostienen que el viejo templo ardió por completo el año del nacimiento de Alejandro (356 a. C.). Tras el incendio, comenzó inmediatamente la construcción del gran templo helenístico que sería una de las maravillas del mundo. Los arquitectos de la nueva obra siguieron en buena medida los planos del antiguo templo que había sido financiado por Cresos.

<sup>98</sup> 9.934.17.

<sup>99</sup> El *Hipólito* de Eurípides es quizá el testimonio más elocuente de esta advocación de la diosa, protectora a ultranza de las actividades venatorias del héroe y, al mismo tiempo, de su virginidad.

<sup>100</sup> Un caso bien conocido es el de Calisto, virgen acompañante de la diosa, que un día fue violada por Zeus; avanzada ya la gestación, bañándose todas las compañeras en un río, advirtieron el estado grávido de la joven. Inmediatamente, la divinidad la apartó de su séquito.

<sup>101</sup> El personaje es citado en las *Epidemias* hipocráticas. Cf. *Epid.* 3.1.1, 3.24.1 L.

<sup>102</sup> 17 A 524.6. El enfermo en cuestión se salvó al cabo de cuarenta días. Previamente había tenido, entre otros males, temblor de manos, fiebre aguda, delirio, distorsión de boca, estreñimiento, estranguria y empiema de asiento. El pasaje llamó la atención de numerosos comentaristas anteriores a nuestro médico. Hubo quien afirmó que, por causa de la abstinencia sexual, el esperma se había acumulado en el cerebro del paciente, causándole delirio; sostuvo otro que la retención de esperma produjo esputos de diverso tipo; alguien dijo que el empiema se había formado en el asiento en razón de su cercanía al lugar de la expulsión normal del semen. Galeno dedicó una extensa nota a todos esos comentarios, refutándolos en buena medida.

<sup>103</sup> Volveremos sobre la secuencia cuando nos ocupemos de Hefesto.

algunos otros, sello lemnio. La sacerdotisa, cogiendo esa tierra con cierto honor patrio – sin ser sacrificados animales, sino devueltos a cambio al lugar ciertos granos de trigo y cebada– marcha a la ciudad, la mezcla con agua, haciendo barro húmedo y moviéndolo mucho, y dejándolo, luego, reposar; en primer lugar, quita el agua de encima, y, luego, bajo ella, toma la parte grasa de la tierra, dejando sólo la parte terrosa y arenosa que se había ido abajo y que es inútil, seca el barro graso hasta que llega a la consistencia de cera blanda, y tomando una pequeña parte de él, le pone encima el sello sagrado de Ártemis, y, luego, lo seca en la sombra, hasta que resulta carente por completo de humedad; y llega a ser el medicamento conocido por todos los médicos: el sello lemnio. Así lo llaman algunos, según decía, por el sello puesto sobre él, del mismo modo que algunos, por el color, lo llaman minio lemnio»<sup>104</sup>.

Nuestro autor nos transmite un texto de Esquilo de extraordinaria importancia para la historia de la literatura. Se trata de la primera identificación de Ártemis con Selene («Luna») <sup>105</sup>: «a las cuales ni el resplandor de Helio las mira,/ ni tampoco el ojo estrellado de la joven Letoa( *Letōas kórēs*)»<sup>106</sup>.

14. Hemos localizado unas quince secuencias en que se menciona a **Apolo** (15), ya con su nombre principal(10), ya con el sobrenombre de Pitio(4), ya como hijo de Leto(1).

Ante todo, es el dios protector y concedor del arte médica. Veamos unos ejemplos significativos en que aparece asociado con Asclepio, del que nos ocuparemos después. «La medicina de verdad se ocupa de la naturaleza del enfermo. Muchos de los médicos llaman a eso idiosincrasia, y todos reconocen que es incomprensible. Y por eso otorgan la medicina de verdad a Asclepio y Apolo»<sup>107</sup>.

En un pasaje interesante nuestro autor se refiere a los avances llevados a cabo por el hombre que ha imitado de las arañas el arte de tejer, modela como las abejas, y no carece de práctica para nadar aunque es terrestre, «sino que, incluso, no carece de las artes divinas, envidiando el arte médica de Asclepio y envidiando esa misma arte de Apolo y todas cuantas tiene –arte del arco, música, mántica– y, además, la propia de cada una de las Musas...»<sup>108</sup>. Evidente alusión a la actitud de ciertos médicos es la siguiente: «Pues algunos de ellos son tales por naturaleza que, ni aunque tuvieran al propio Apolo y a Asclepio deseando enseñarles y exhortándoles a ello, podrían obedecerles jamás ni prestarles oídos ni aceptar en su alma lo que les dijeran»<sup>109</sup>.

<sup>104</sup> 12.169.11; 170.3.

<sup>105</sup> La identificación de Apolo con Helio («Sol») la hallamos a partir del *Faetón* de Eurípides.

<sup>106</sup> 17 A 880.9. Galeno, explicando el término *pémphix* («soplo», «gota», «resplandor», «pústula»), recoge, entre otros, cuatro pasajes de Esquilo y otros tantos de Sófocles. La cita que estudiamos corresponde al *Fr.* 170 R., perteneciente a las *Jantrias*.

<sup>107</sup> 10.209.8.

<sup>108</sup> 1.2.13.

<sup>109</sup> 7.419.2.

De tipo autobiográfico es el siguiente texto: «No me preocupa la gloria apoyada en tales hechos, pues no deambulo anunciando como un heraldo mis prognosis ni curaciones, para que los médicos y filósofos me odien más, mientras murmuran sobre mí que soy encantador y adivino y otras cosas de ese tipo. Pero a vosotros amigos, cuantos habéis condenado el arte médica por culpa de la ignorancia de éstos, os demuestro que el arte es digna de Apolo y Asclepio, pero los médicos la han violentado»<sup>110</sup>.

Ironía indudable, además de parodia evidente, encierra el ejemplo siguiente en que se menciona a Eudemo<sup>111</sup>, médico peripatético contemporáneo de nuestro autor: «Graznando contra todos nosotros, los amigos que entrábamos, como Apolo Pitio, por boca de Galeno, quiso transmitir una profecía (*thespízein*) a los enfermos, además de curarlos: liberarlos completamente en el día predicho»<sup>112</sup>.

Ya hemos recogido una mención de Apolo de Delfos<sup>113</sup>. Por otro lado, como hemos avanzado, nuestro médico se hace eco de un famoso hexámetro homérico en que se pasa lista a las mejores yeguas que acudieron a Ilio acompañando a los aqueos; precisamente las que conducía Eumelo: «las que criara en Pereía Apolo arcoargénteo»<sup>114</sup>.

Uno de los adjetivos más usuales para designar a Apolo es Pitio (*Pythios*), es decir, el que tiene relación con Delfos<sup>115</sup>, donde el dios había matado a Pitón (*Pythōn*), famosa serpiente que desempeñaba funciones proféticas. En tono fuertemente irónico, no exento de crítica y sorna, afirma nuestro autor: «Pues si la medicina es la mejor de todas las artes, y Tésalo, el primero en ella, de ese modo sería el primero de todos los hombres, más que Sócrates y Licurgo y los demás a quienes el Pitio elogió o como buenos o como sabios o como servidores de las Musas o criados de Zeus o por tener algún don grato a los dioses»<sup>116</sup>.

Indudable importancia para la historia de la civilización y el conocimiento de las religiones tiene un pasaje como el siguiente: «Asclepio y Dioniso, tanto si fueron hombres al comienzo o dioses desde el principio, son dignos de las máximas honras, uno porque nos

<sup>110</sup> 14.656.2.

<sup>111</sup> Fue curado por Galeno de fiebres cuartanas cuando ya tenía 63 años (14. 605.13); se relacionó con personajes muy distinguidos de la sociedad romana.

<sup>112</sup> 14.618.18.

<sup>113</sup> Véase el pasaje al que alude la nota 33.

<sup>114</sup> 18 B 676.4. Se trata de una cita de *Il.* 2. 766: las yeguas eran conducidas por Eumelo, hijo de Admeto. Es sabido que Apolo, castigado por Zeus a causa de haber dado muerte a los Cíclopes forjadores del rayo, estuvo al servicio de Admeto, donde, durante cierto tiempo, trabajó a sueldo como un jornalero más. Cf. Eurípides, *Alc.* 1 ss.

<sup>115</sup> Llamada, también, *Pythō*, en griego.

<sup>116</sup> 10.11.14. Tésalo de Trales, médico de la época de Nerón, siguió los principios metódicos en la práctica de la medicina; escribió numerosas obras defendiendo una simplificación profunda de los conocimientos médicos, de tal modo que les prometía a sus seguidores enseñarles el arte médica en seis meses (10.4.188). Galeno lo tiene por fundador de la escuela metódica, criticándolo fuertemente en numerosos lugares, y, de manera especial, por haber afirmado que los médicos anteriores no habían dicho nada digno de interés y que la herencia de Hipócrates era perjudicial (10.7); le censura también por tratar de agradar a la muchedumbre (10.8) y aceptar como discípulos a zapateros, albañiles, tintoreros y broncistas (10.5).

enseñó la medicina, el otro, el arte de las vides. Y si quieres hacerme caso, respeta al dios Pitio. Ése es el que, tras decirle a Sócrates que era el más sabio de los hombres<sup>117</sup>, dirigiéndole la palabra a Licurgo le dijo así: «Llegas, oh Licurgo, a mi pingüe templo,/ queriendo para Zeus y todos los que habitan mansiones olímpicas./ Dudo si profetizar que eres dios u hombre,/ mas todavía confío en que eres más bien dios, ¡oh Licurgo!»<sup>118</sup>. Y ese mismo dios, a Arquíloco ya muerto, se muestra honrándolo de modo no mediano...»<sup>119</sup>.

Tratando de un antídoto descubierto por Filón<sup>120</sup> y, asimismo, de las propiedades del euforbio, se nos dice: «Pues el poeta presentó a Patroclo diciendo: «Mas me aniquiló Moira funesta y el hijo de Leto,/ y, de entre los hombres, Euforbo»<sup>121</sup>.

15. De las veintidós secuencias en que **Asclepio** (22) está registrado en nuestro médico seleccionamos las relacionadas, en alguna medida, con el mito<sup>122</sup>. Ya hemos adelantado varios ejemplos en que veíamos la estrecha relación con Apolo: ambos merecen las máximas honras tanto si fueron hombres al comienzo o dioses desde el principio<sup>123</sup>; ambos están a la cabeza de la medicina de verdad<sup>124</sup>; el arte médica es digna de Apolo y Asclepio, pero los hombres la han violentado<sup>125</sup>. También hemos aludido a su relación especial con Pérgamo, hasta el punto de que llegó a ser una exclamación banal<sup>126</sup>.

Nuestro autor recuerda con cariño la ciudad donde había nacido: «Yo, por aquel tiempo, pasaba el tiempo en mi patria, recibiendo educación por obra de Sátiro, el cual residía en Pérgamo desde hacía cuatro años, bajo Costunio Rufino, que nos construyó el templo de Zeus Asclepio (*Diòs Asklēpioù*)»<sup>127</sup>.

De indudable importancia para la historia de la medicina es el siguiente texto, donde Galeno llama «dios patrio» a Asclepio: «Y yo, a no pocos hombres enfermos durante

<sup>117</sup> Véase Platón, *Ap.* 21 b.

<sup>118</sup> La cita en hexámetros la recoge Heródoto (1.65.3) por primera vez. Se menciona a Licurgo, legendario fundador de la constitución espartana.

<sup>119</sup> 1.22.7.

<sup>120</sup> Farmacólogo del I d.C.: forma parte de un grupo de médicos poetas. Cf. nota 162.

<sup>121</sup> 13. 270. 14. El pasaje mencionado es *Il.* 16. 849-850. Estas palabras se las dice Patroclo a Héctor cuando ya está herido de muerte. Galeno nos recuerda que, según Filón, el euforbio se conserva en el vientre de las ovejas y ganados, pues no lo devoran; por tal condición es apto para conseguir de allí el fármaco a que se está aludiendo.

<sup>122</sup> Asclepio, hijo de Apolo y Coronis, fue educado por el Centauro Quirón; participó en la cacería del Jabalí de Calidón; heredó de su padre la capacidad de curar, llegando a resucitar a los muertos (a Hipólito, por ejemplo. Cf. Eurípides, *Alc.* 3 ss, 122 ss; Diodoro de Sicilia, 4.71: 5.74; Apolodoro, 3.10.3; Higino, *Fab.* 49), por lo que Zeus lo fulminó con el rayo (Píndaro, *P.* 3.14-81; Ovidio, *Met.* 2.543-547, 598-632; Higino, *Fab.* 202). Famoso héroe y médico, recibió culto en varios lugares del mundo griego, especialmente en Epidauró: el enfermo acudía al templo del dios, donde dormía (*incubatio*) y, a veces, tenía algunos sueños durante la noche; la divinidad hablaba por boca de sus sacerdotes, y, según algunos, por sí misma, dando recomendaciones diversas a quienes buscaban la curación.

<sup>123</sup> 1.22.7.

<sup>124</sup> 10. 6.17; 10.209.8; 1.2.13; 7.419.2.

<sup>125</sup> 14.656.2.

<sup>126</sup> 13.272.1.

<sup>127</sup> 2.255.1.

tantos años por la costumbre de su alma, los puse sanos corrigiendo la desmesura de sus movimientos. No pequeño testigo de mi palabra es nuestro dios patrio Asclepio (*ho pátrios hēmōn theōs Asklēpiōs*), al ordenar escribir no pocos cantos y mimos de contenido ridículo y componer algunas melodías a aquellos cuyos movimientos de la parte irascible, llegando a ser bastante violentos, originaban un temperamento del cuerpo más caliente de lo debido; y a algunos otros, no pocos tampoco éstos, cazar con perros, montar a caballo y luchar armados»<sup>128</sup>.

Los emperadores romanos Antonino (Marco Aurelio) y Lucio Vero, cuando se disponían a emprender la campaña contra los germanos, llamaron desde Aquileya a nuestro médico que se encontraba en Pérgamo. Galeno acudió, por necesidad, según confiesa, pues esperaba que le eximieran de acompañarles en la dura expedición; cuando llegó a Aquileya, se declaró la peste. Los emperadores regresaron rápidamente a Roma, aunque Lucio Vero murió por el camino; Antonino condujo el cadáver hasta Roma donde preparó la apoteosis del fallecido: «Tras eso se ocupó de la expedición contra los germanos, mostrando gran interés en llevarme, pero se convenció de dejarme cuando me oyó decir que me ordenaba lo contrario el dios patrio Asclepio, del cual me proclamé servidor desde que me salvara cuando tenía un tipo mortal de absceso. Tras inclinarse ante el dios y ordenarme a mí que esperara su regreso —pues esperaba solucionar la guerra con rapidez—, partió, dejando a su hijo Cómodo que era un niño pequeño, y encargó a los cuidadores que intentaran tenerlo sano, y, si alguna vez enfermaba, que me llamaran para curarlo»<sup>129</sup>.

El dios conoce la naturaleza de cada persona: «Es curado, no el hombre común y general, sino cada uno de nosotros, que tiene, evidentemente, un temperamento y naturaleza diferentes de todos los demás. Otros, en cambio, piensan que es única la curación de todos los hombres; pero yo, si supiera encontrar exactamente la naturaleza de cada uno, tal como concibo a Asclepio, de ese modo sería en persona. Una vez que eso es imposible, he sabido aproximarme lo más cerca posible, en la medida que le es factible a un hombre, y practicar yo mismo, y, además, se lo recomiendo a otros»<sup>130</sup>.

Asclepio se nos presenta en un pasaje como autor de una curación especial: «A Nicómaco esmirneo todo el cuerpo le aumentó desmesuradamente, y ya no era capaz ni de moverse. Pero a ése lo curó Asclepio»<sup>131</sup>.

<sup>128</sup> 6.41.13.

<sup>129</sup> 19.19.1. De la lectura del pasaje se desprende la veneración de nuestro escritor por el dios que le había dado la salud; nótese, además, la inclinación (*proskynēsas*, propiamente, «habiéndose prosternado»; acción figurada, creemos) del emperador Marco Aurelio cuando Galeno menciona a la divinidad; no olvidemos, de otra parte, la creencia por ambas partes (médico y emperador) en que ese dios daba órdenes y normas a ciertas personas.

<sup>130</sup> 10.207.2.

<sup>131</sup> 6.869.7. El texto no da más explicaciones.

Los sesenta años constituyen una frontera imposible de franquear para quienes están en malas condiciones: «Algunos cuerpos están en tan mal estado desde el comienzo que no pueden llegar al sexagésimo año ni aunque les presentes a Asclepio en persona»<sup>132</sup>.

En determinados momentos, un médico capaz, mediante sus conocimientos, de predecir lo que le ocurrirá a un enfermo que se encuentra en mal estado, da la impresión de ser Asclepio: «Pues, a veces, con fiebre intensísima acompañada de insomnio, náusea, sed y malestar, y, en ocasiones, delirio, cuando todos los familiares del enfermo están turbados y llorando, es posible que quien científicamente predice el frío, sudor y solución de la enfermedad, parezca ser Asclepio»<sup>133</sup>.

Un medicamento llamado Asclepio es bueno para el reumatismo del tórax y pulmón; asimismo, para quienes tienen dolor en la fontanela. Al punto les elimina el padecimiento<sup>134</sup>.

16. **Hera** (10) es la última esposa de Zeus, según la *Teogonía* hesiódica<sup>135</sup>: es un ejemplo de adelfogamia divina. En diez ocasiones menciona Galeno a esta diosa. Ya hemos visto alguna secuencia, cuando tratábamos de Metis y Atenea<sup>136</sup>. Las demás apariciones son citas homéricas: por una de éstas nuestro médico muestra especial aprecio: «A Hera el pecho (*stēthos*) no le contuvo la cólera (*chólōn*), sino que decía...»<sup>137</sup>.

Explicando un pasaje de las *Epidemias* hipocráticas el autor de Pérgamo distingue entre *aithēr* y *āēr*, afirmando que era usual entre los antiguos emplear el primero cuando se trata de aire puro, mientras que reservaban el segundo para indicar que nos envolvía un aire oscuro y nuboso. Acude a Homero como argumento de autoridad: «Y Hera niebla / densa extendía por delante para contenerlos»<sup>138</sup>.

En las dos secuencias que siguen el texto homérico es el mismo. En el primer caso se nos dice: «Y, así, el poeta, cuando presentó a Aquiles hablando con sus propios caballos, afirma que uno de ellos le contestó con palabras usando lenguaje humano: «Provisto de voz lo había hecho la diosa de blancos brazos, Hera»<sup>139</sup>. Y, en otro lugar: «Así es lo que hay en el poeta a propósito del caballo:...»<sup>140</sup>.

<sup>132</sup> 6.63.8.

<sup>133</sup> 17 A 862.5.

<sup>134</sup> 13.986.15.

<sup>135</sup> *Th.* 921-923. El poeta, no obstante, cita después los hijos de Zeus habidos, respectivamente, con Maya (Hermes), Semele (Dionisio) y Alemena (Heracles): vv. 938-944.

<sup>136</sup> 5.351.9;5.350.1.

<sup>137</sup> 5.296.13. El verso homérico está tomado de *Il.* 4.24 y 8.461. En esta ocasión lo hallamos a propósito de que la parte irascible está en el corazón. Dentro del mismo tratado leemos ese texto en 5.347.17; 363.7; 364.7.

<sup>138</sup> 17 B 186.7. La cita corresponde a *Il.* 21.6.

<sup>139</sup> 17 A 758.3. El pasaje homérico es *Il.* 19.407.

<sup>140</sup> 19.80.3. Se repite *Il.* 19.407. Recordemos el momento en que Aquiles se dirige a sus caballos Janto y Balio, pidiéndoles que, tras la liza, lo devuelvan vivo al campamento dánao. Janto le contestó al héroe que lo traerían de vuelta sano y salvo, pero, al mismo tiempo, le predijo su próxima muerte.

17. **Hefesto** (8), según el texto hesiódico<sup>141</sup> que hemos visto, era hijo de Hera, que lo concibió por sí misma<sup>142</sup>. Otra tradición lo tiene por hijo de Zeus y Hera<sup>143</sup>.

Galeno menciona a tal dios en ocho pasajes, de los que ya hemos examinado uno, como decíamos. Nos cuenta nuestro médico cómo visitó personalmente Lemnos, cuya capital, llamada Mírina, estaba situada al occidente de la isla; también fue a Hefestíade, localidad de la parte oriental. Así nos cuenta su experiencia: «Y lo dicho por el poeta a propósito de Hefesto —«cayó en Lemnos»<sup>144</sup>— me parece a mí, por la naturaleza de la colina, que comprende el mito (*tòn mýthon epístasthai*). Pues se muestra muy parecida a un lugar quemado, tanto por el color como porque nada se produce en ella...»<sup>145</sup>. Lee-mos, a continuación, que, estando presente nuestro autor, llegó la sacerdotisa, que, tras haber echado en tierra cierto número de granos de trigo y cebada y hacer otros ritos de acuerdo con la piedad local, cargó un carro de tierra apta para preparar los famosos «sellos lemnios» a que ya hemos hecho referencia<sup>146</sup>. Galeno quiso saber si antes se mezclaba con tal tierra sangre de macho cabrío o de cabra. Todos los presentes se rieron y le trajeron un libro donde poder informarse de toda la utilidad de la tierra lemnia. Tras ello, el de Pérgamo no vaciló en usar el fármaco, encargando veinte mil sellos. El medicamento, nos dice, era bueno para las heridas y mordeduras de víboras y de otros animales salvajes, y, asimismo, efectivo contra los medicamentos mortales. El escritor, en persona, comprobó allí mismo que era bueno como antídoto contra la liebre marina y la cantárida, aunque no tuvo por cierto si resultaba apropiado contra los fármacos letales.

Otro texto relevante, sin duda, es el que reza de este modo: «Tampoco nada de eso es descuidado por la naturaleza, sino que, tal como los buenos artesanos, cuando no pueden hacer el casco innato, necesitando que la cabeza sea ceñida por él lo más posible desde todas partes, preparan unas ligaduras convenientes con las vueltas apropiadas y de ese modo lo ajustan con precisión para que no parezca que falta nada innato, así también la naturaleza, cuando por la desigualdad de la sustancia no puede preparar, por todas partes, una meninge innata para el cráneo, aunque la necesita, maquinó para seguridad lo único que quedaba, descubriendo unas ligaduras más artísticamente elaboradas que las de Hefesto. Pues éstas sólo podían atar, pero a las otras, aparte de eso, las acompañan otras utilidades mayores...»<sup>147</sup>.

<sup>141</sup> Fr. 343. 1-3 M.-W.

<sup>142</sup> Esa explicación mítica puede hallarse en otros autores posteriores. Apolonio de Rodas (1.859), Apolodoro (1.3.5), Luciano (*Sacr.* 6), Higino (*Fab.* 22), Nono (*D.* 9.228).

<sup>143</sup> Ante todo, los poemas homéricos: *Il.* 571 ss; 14.338; *Od.* 8.312. Hebe y Ares son, asimismo, hijos de Zeus y Hera.

<sup>144</sup> Véase *Il.* 1.593. Hefesto le explica a Hera, su madre, cómo cayó en esa isla cuando trató de ayudarle frente a las amenazas de Zeus; éste, cogiéndolo de un pie, lo arrojó fuera de las estancias divinas, de tal modo que estuvo dando giros por los aires durante todo el día, hasta que, ya de noche, cayó en Lemnos, donde lo atendieron los sintios.

<sup>145</sup> 12.173.7.

<sup>146</sup> Acúdase al contenido aludido en nota 104.

<sup>147</sup> 3.661.14.

En otro lugar, encontramos lo siguiente: «Pero tal como Homero hizo movibles (*autokínēta*) por sí mismas las invenciones de Hefesto —tanto los fuelles que, inmediatamente, al mismo tiempo que se lo ordenaba su dueño, «soltaban soplo diverso y fácil»<sup>148</sup>, como aquellas criadas de oro que se movían por sí mismas de forma semejante al propio artesano—, de ese modo piensa conmigo que en el cuerpo del animal no hay nada inactivo ni inmóvil, sino que todo genera una actividad varia y fácil junto con la preparación conveniente, dotándolos el artesano de ciertas capacidades divinas»<sup>149</sup>. Resulta clara la alusión a los veinte fuelles que trabajaban por sí solos para el dios Hefesto<sup>150</sup>, cuando el ilustre cojo preparaba las nuevas armas de Aquiles. Las dos sirvientas aludidas<sup>151</sup> acompañaban al dios provistas de voz y fuerza, expertas, asimismo, en labores artísticas.

Resulta evidente la referencia a los «lazos» (*desmoi*)<sup>152</sup>, irrompibles, ligeros como telarañas, imposibles de soltar, con que Hefesto atrapó a su esposa Afrodita mientras se unía en el lecho con Ares. Los lazos atraparon de tal modo a los adúlteros que les impedían mover los miembros y levantarse de donde se hallaban. Los dioses varones (las diosas, por pudor, se quedaron en sus mansiones) acudieron a contemplar a los amantes, riéndose a carcajadas ante lo sucedido.

Por último, comentando la forma verbal hipocrática *homilēei*<sup>153</sup>, afirma nuestro autor que no significa «dialogar» como en sus propios días, sino «estar unos con otros», «unirse en el mismo sitio». Para probarlo, acude al padre de la poesía griega: «También Homero, a propósito de las cosas grabadas en el escudo de Hefesto, afirma: «Y se reunían como mortales vivos y luchaban...»<sup>154</sup>.

18. **Ares** sólo lo tenemos una vez en los textos galénicos. Es un pasaje de gran relevancia, pues se habla en él de varios personajes míticos. Nuestro médico quiere demostrar que, al responder, no se sigue siempre el orden en que se han formulado las preguntas. Pone un ejemplo de la *Iliada* en que el aedo le pregunta a la Musa quiénes fueron el mejor de los dánaos y los mejores caballos que acompañaron a los Atridas. La respuesta, en efecto, se concentra primero en los animales, para dar paso, luego, al varón más eximio: «Las yeguas mejores fueron las del Feretiada, / las que conducía Eumelo, como a aves velocípedas, / iguales de crines y de años, idénticas, a plomada, por su dorso; / las que criara en Pereía Apolo arcoargénteo, / ambas hembras, de espanto de Ares portadoras. / Y

<sup>148</sup> *Il.* 18.471.

<sup>149</sup> 3.268.12.

<sup>150</sup> *Il.* 18.468 ss. En 18.376 se habla de unos trípodes que se movían por sí mismos (*autómatoi*), e introducían y sacaban al dios de la junta de los dioses.

<sup>151</sup> *Il.* 18.417 ss. En realidad, eran autómatas también.

<sup>152</sup> *Od.* 8.274 ss.

<sup>153</sup> *Art.* 1. 4.80.7 L.: «El húmero se une (*homilēei*) de lado con la parte cóncava del omóplato».

<sup>154</sup> 18 A 316.16. El texto homérico lo encontramos en *Il.* 18.539.

de los varones, con mucho, el mejor era Áyax Telamonio, / mientras Aquiles cólera tenía, pues éste, de sobra, el más excelente era/»<sup>155</sup>.

Hemos de entender *phóbōn Árēos* como «espanto que Ares causa», entendiendo el genitivo como subjetivo. Precisamente, hijos de Ares y Afrodita –concebidos en unión adulterina o dentro de matrimonio bien establecido– son Harmonía, Fobo<sup>156</sup> y Dimo<sup>157</sup>.

19. De **Hermes**<sup>158</sup>(6) hemos mencionado ya un pasaje en que se decía que ni el propio dios ni tampoco las Musas podrían curar a los estúpidos que se tienen por mejores que Hipócrates<sup>159</sup>. En otro lugar las artes (*téchnai*) son contrapuestas a la fortuna (*týchē*): «Y considera de nuevo a Hermes, como señor de la razón (*lógou... despótēn*) y autor de cualquiera arte; qué opuesto a la fortuna lo han representado los antiguos pintores y escultores»<sup>160</sup>. Nótese que se ha dado un cierto desplazamiento de las actividades del dios, que pasan más bien al campo intelectual. Precisamente, con respecto a cierto médico afirma nuestro escritor: «Pero quizá somos totalmente torpes, y Arquígenes, casi el propio Hermes por su inteligencia (*héneka synéseōs*). Sería preciso que él, como un dios, intentara enseñar a los hombres, y no sólo que escriba nombres, sino también diagnóstico, como hizo en obras más claras...»<sup>161</sup>. Comentando el antídoto de Filón de Tarso<sup>162</sup> nos transmite Galeno un pasaje de contenido etiológico: «Afirma que la sangre del azafrán está en los campos de Hermes, es decir, que refulge en las plantas de Hermes, ya que un muchacho llamado Croco, mientras lanzaba el disco en compañía de Hermes, se puso de pie de forma descuidada; como el disco le diera en la cabeza, murió al momento, y de su sangre llegada al suelo nació el azafrán. Y dice que refulge la sangre, es decir, la sangre del muerto, por el brillo del color del azafrán»<sup>163</sup>. Finalmente, aludiendo a Pánfilo<sup>164</sup>, nuestro médico menciona a Hermes egipcio: «Tras esto hace mención de la planta llamada águila, según afirma, sobre la cual reconoce que ninguno de los helenos ha dicho nada, sino que está escrito en alguno de los libros atribuidos a Hermes egipcio... Pero Pánfilo, con otros muchos, quizá tenía tiempo libre para escribir en sus libros mitos inútiles (*achrēstous mýthous*)»<sup>165</sup>.

<sup>155</sup> 18 B 676.5. El pasaje homérico aludido es *Il.* 2. 762- 768.

<sup>156</sup> Es decir, «Terror, Espanto».

<sup>157</sup> «Temor», «Pavor» (*Deimos*).

<sup>158</sup> Hijo de Zeus y de la Atlántide Maya, pasa por ser el inventor de la lira y el caramillo; es famoso, asimismo, por sus hurtos; defensor de ladrones y mentirosos, es protector del comercio.

<sup>159</sup> 10. 583. 2.

<sup>160</sup> 1.4.14.

<sup>161</sup> 8. 661. 11. Galeno refutó las teorías de Arquígenes sobre el pulso.

<sup>162</sup> Autor de disticos de contenido farmacológico.

<sup>163</sup> 13.269.11. De ese Croco (*Krókos*) no he localizado ninguna referencia en el *TLG* hasta el siglo II d.C. Para más información, acúdase a Ovidio (*Met.* 4.283: Croco amaba a Esmilace; el primero fue transformado en azafrán, y la segunda, en campanilla. El relato aparece entre los correspondientes a Asia Menor) y Nono (*D.* 12.86).

<sup>164</sup> Médico del I d. C. Autor de un libro sobre plantas y remedios.

<sup>165</sup> 11.798.4.

20. De **Priapo**<sup>166</sup> hemos localizado solamente una mención: «Sobre gonorrea y priapismo es mejor extenderse más. La gonorrea es salida involuntaria de semen; y conviene llamar no intencionada, como más evidente, a la salida de semen que se produce continuamente, sin la extensión del miembro. El priapismo es el aumento, en extensión y diámetro, de todo el miembro, sin deseo amoroso y sin ningún calor adquirido, como les sucede a algunos acostados boca abajo. Así lo describieron algunos. Pero es posible hacerlo también de forma más breve: aumento permanente del miembro, o hinchazón permanente. Está claro que se le denomina así tomando el nombre a partir de Priapo, pues a aquél los hombres lo modelan y pintan en la idea de que tiene un miembro tal por naturaleza»<sup>167</sup>.

21. **Eros**<sup>168</sup> lo hemos hallado en casi treinta textos galénicos. Nos detendremos sólo en los ejemplos que tengan cierto interés para nuestro estudio.

Galeno acude a Crisipo con mucha frecuencia, como hemos tenido ocasión de comprobar: precisamente, buena parte de los fragmentos del filósofo nos han sido transmitidos por nuestro autor. Se preocupaba el pensador estoico de los ímpetus que muestran los amantes con respecto a los amados, precisamente cuando desobedecen a su propia razón que les da consejos «y se apartan tanto de la razón que oírían y harían caso a cualquiera de ese tipo, de modo que, no sin motivo, podría decirse de ellos lo siguiente: «Cipris, aun siendo reprendida, no afloja./ Si fuerza se le hace, gusta de estirar más»<sup>169</sup>. «Cuando es reprendido, Eros aprieta más»<sup>170</sup>.

Algo más adelante, nuestro autor recoge, como ejemplo aducido por el estoico, el diálogo de Heracles y Admeto en la *Alcestis* eurípidea. A las palabras del primero («¿Qué ganarías si quisieras gemir siempre?»<sup>171</sup>), le replica el segundo: «Yo mismo lo reconozco, mas un deseo amoroso me impulsa»<sup>172</sup>. Afirma Galeno, a continuación, que «el amor, siendo un afecto de la facultad concupiscible, no de la racional, impulsa toda el alma y conduce al hombre a acciones opuestas a las que había decidido al comienzo»<sup>173</sup>.

<sup>166</sup> Hijo de Dioniso y Afrodita, vigilante de los jardines, protector del mundo vegetal y animal, es representado casi siempre con un falo de enormes dimensiones.

<sup>167</sup> 8.439.9.

<sup>168</sup> La genealogía de Eros (en latín *Amor*, *Cupido*) es discutida. Procede directamente de Caos, según Hesiodo. En poetas posteriores se nos presenta como hijo sólo de Afrodita, o de Afrodita y Urano, o sólo de Zeus (sin madre conocida. Esta variante es quizá una innovación de Eurípides). Hay otras interpretaciones genealógicas: podemos mencionar las explicaciones de los órficos, para quienes al comienzo de los tiempos sólo existían Caos, la Noche y Érebo; la Noche puso un huevo del que surgió Eros. Recordemos que, desde las tragedias eurípideas, lo tenemos armado de arco y flechas, disparando saetas productoras del deseo amoroso.

<sup>169</sup> Eurípides, *Fr.* 340.1-2. Corresponde a la tragedia perdida *Dictis*.

<sup>170</sup> Eurípides, *Fr.* 665.1-2: *nouthetoúmenos d'érōs/mállon piézei*. Es de la tragedia fragmentaria *Estenebea*. Todo este pasaje es el *Fr.* 475.34-41 de Crisipo. Lo leemos en Galeno 5.411.7.

<sup>171</sup> *Alc.* 1079.

<sup>172</sup> *Alc.* 1080: *all'érōs tis exágei*. El escoliasta de este verso interpreta eros como la pasión incoercible de gemir: *toú thrēneîn éros*.

<sup>173</sup> 5.413.12.14. Corresponde al *Fr.* 478.130-132 de Crisipo.

El de Pérgamo aporta pruebas de que Crisipo, como Platón<sup>174</sup>, opinaba que son facultades del alma la racional, la concupiscible y la irascible, y que, como Aristóteles, pensaba que toda ella estaba en el corazón, y no en las tres vísceras (respectivamente, cerebro, hígado y corazón). El estoico, además, puso en verso las obras y pasiones de tales facultades, aduciendo ejemplos de gran relevancia, como el siguiente: «Pues jamás a mí, de este modo, deseo de diosa ni de mujer, / derramándose en torno a mi pecho, el ánimo me dominó»<sup>175</sup>. Sostiene nuestro escritor que ese ejemplo se emplea «en el sentido de que eros formaría parte de la facultad concupiscible»<sup>176</sup>.

Tres veces menciona nuestro hombre a Erasístrato<sup>177</sup> a propósito de eros. Así nos dice en una secuencia: «Ahora bien, creemos que la epilepsia no es una enfermedad divina, ni tampoco lo es el amor. Y algunos que lo admiten respecto del último, escriben una historia verdadera —cómo Erasístrato supo por sorpresa que el hijo del rey estaba enfermo por amor (*di éróta*)—, pero no dijeron que el amor sea divino (*theion...tòn éróta*), ni así lo llamó Erasístrato ni Hipócrates ni ningún otro médico»<sup>178</sup>.

En otro lugar volvemos a leer que el amor no es divino, y, además, encontramos una forma especial de representar al pequeño dios: «Están apenados unos por habérseles muerto hijos, familiares, parientes o amigos; otros, por temer que sólo ellos van a sufrir o que incluso toda su patria se verá devastada; y se apenan también los amantes del dinero cuando son privados de las riquezas, y, asimismo, los amantes del prestigio, si son priva-

<sup>174</sup> «Hipócrates y Platón», leemos en el médico. Los textos hipocráticos conservados no avalan las frases de Galeno.

<sup>175</sup> *Il.* 14.315-316. Son palabras de Zeus a Hera, con quien desea ardientemente meterse en el lecho para disfrutar del impulso amoroso.

<sup>176</sup> 5.364.5: *hōs ho érōs páthos eīē tēs epithymētikēs dynámeōs*. Véase Crisipo, *Fr.* 904. 12. Cf. 905.23.

<sup>177</sup> Distinguido médico que, junto con Herófilo, trabajó en Alejandría bajo los dos primeros Ptolomeos: siglos III-II a.C. Profundizó en los estudios de anatomía y de fisiología, aceptando diversas teorías y postulados de Demócrito.

<sup>178</sup> 18 B 18.13. Véase *Fr.* 27 A de Erasístrato. El texto galénico alude a Antíoco, hijo del rey Seleuco, que se enamoró de su madrastra, Estratonice, joven esposa del monarca con quien ya había tenido un hijo. Erasístrato supo que la enfermedad de Antíoco estaba causada por el amor y así se lo contó a Seleuco que, por salvar la vida de su hijo, terminó por permitirle que se casara con la hasta entonces su mujer. Cf. Plutarco, *Demetr.* 38.2.

Galeno recoge el tema en otra ocasión cuando habla de los efectos del amor: «Pues Erasístrato, no por haber visto una corneja ni cuervos volando, observó el amor del muchacho; ni tampoco, como algunos escribieron, percibió que las arterias del joven tenían un pulso erótico (*erōtikòn sphyzousōn*). Pues no existe ningún pulso especial, peculiar del amor (*érotos exáiretos*) —sino como se me mostró a mí mismo cuando cogí la muñeca de un enfermo tras haber sido vista una mujer de la casa: al momento, llegó a ser anómalo y desordenado, y, poco después, regresó al estado natural, al mismo tiempo que la que había sido vista se marchó—. Pues el pulso así alterado muestra que se ha producido una pasión común perturbadora en el alma del enfermo» (18 B 406.7).

Ya en una línea de información distinta, pero apuntando a los efectos del amor, nuestro escritor nos ofrece un pasaje importante donde leemos que ciertos médicos sofistas, ignorando cómo había notado Erasístrato el amor de la concubina de su padre, afirmaron que había descubierto el pulso de las arterias de la muchacha que batían de modo erótico (*erōtikós*). Cf. 14.630.18.

Para comprender mejor estas lucubraciones hemos de tener en cuenta que, según varias fuentes, era bien conocido el interés de Erasístrato (y también de Herófilo) por el pulso.

dos de su honor, y cada uno de los demás se apena por una cosa. Pues bien, de éstos son también los que se apenan por obra del amor, no ocurriéndoles nada divino (*hoi dí'érōta lypóumēnoi theíon oudèn peponthótes*), sino una pasión humana, de no ser que uno haga caso a quienes cuentan mitos (*tois mythologouménōis*) – creer que algunos hombres son llevados a esa pasión por obra de una divinidad pequeña y recién nacida que lleva lámparas encendidas (*hypò daímonós tinos mikroû kai neogenoûs lampádas échontos kaioménas*)»<sup>179</sup>.

22. **Proteo** (2)<sup>180</sup> aparece dos veces en las obras galénicas. Nos interesa la secuencia que vemos a continuación<sup>181</sup>: «Y si (*sc.* ciertos médicos) dicen que las cualidades, sin substancia, están por naturaleza en los accidentes, prevalece lo dicho por nosotros: que ni los accidentes ni las cualidades tienen naturaleza corpórea. Pero si, transformándose Zeus a sí mismo en igual número de accidentes que dije, tiene infinitos tipos de cualidades, es peor que el Proteo mencionado en el mito (*toû mythologoménou Prōtēōs*). Pues éste se transformaba y metamorfoseaba (*metepoíei kai metemórphou*) a sí mismo en unas pocas naturalezas, y éstas, no indecentes: «Mas ya, primero, llegó a ser león melenudo,/ y, luego, serpiente y pantera y gran jabalí./ Y llegaba a ser húmeda agua y árbol frondoso/»<sup>182</sup>. Aquél (*sc.* Zeus), en cambio, no llega a ser ninguna cosa que no sea de las más vergonzosas. Por medio de un hombre insensato es insensato de modo evidente, y, por medio de una decisión vergonzosa, autor de algo vergonzoso; y, por medio de animales irracionales, actúa como una fiera; y, por medio de piedras y maderas, llega a carecer de alma (*ápsychos*). Y, por medio de un estercolero, adquiere naturaleza nauseabunda, y, además, inútil. Y si a sí mismo, como a la materia, buscaba transformarse, darse forma y hacerse, ¡ cómo es capaz de hacer eso en no mayor medida que un modelador elabora una estatua dorada a partir de plomo!. No es extraño que tales cosas gusten a los amantes de las disputas...»<sup>183</sup>.

23. A la Nereide **Tetis** la encontramos tan sólo en una ocasión. El médico está comentando, en un texto hipocrático<sup>184</sup>, el adverbio *pámpan* («por completo», «del todo»), y afirma lo siguiente: «El poeta evidentemente usa la voz *pámpan* con ese significado (*semainómēnon*) en los versos en que dice: «no quería que/ el pueblo aqueo pereciera por

<sup>179</sup> 18 B 19.7. Desde Alcmán (*Fr.* 58 *PMG*) se considera a Eros un niño travieso; Eurípides (*Hipp.* 1270-1275) es el primero en presentarlo dotado de alas; Teócrito, por su lado, (15,122) lo ve como niño alado.

<sup>180</sup> Hijo, o servidor, de Posidón es una divinidad marina dotada de poderes proféticos. Tenía la virtud de metamorfosearse en agua, fuego violento, árbol frondoso, reptiles diversos, león, pantera, jabalí, etc. (*Cf.* *Od.* 4.351-570. Véase, además, Ovidio, *Met.* 11.224-265, donde la divinidad le advierte a Tetis que el hijo que tenga será más importante y poderoso que su padre; y a Peleo, por su parte, le indica lo que ha de hacer para apoderarse de Tetis).

<sup>181</sup> El otro pasaje galénico (12.787.10) nos habla de un colirio llamado Proteo, bueno para la humedad de los ojos y todo tipo de ambliopía; asimismo, reseca las cicatrices y callosidades.

<sup>182</sup> *Od.* 4.456-458.

<sup>183</sup> 19.479.8.

<sup>184</sup> *Nat. hom.* 1. 6.32.4 L.

completo ante Ilio»<sup>185</sup>. Y también Hipócrates, cuando dice: «de las enfermedades agudas no del todo seguras son las predicciones, ni de salud ni de muerte»<sup>186</sup>. Pues el poeta afirma que Zeus, complaciendo a Tetis, quería causar gran desastre de los helenos, pero no aniquilarlos por completo...»<sup>187</sup>.

Basten estas consideraciones para advertir la presencia e importancia de los dioses griegos y sus mitos en las obras galénicas. Precisamente, tenemos en prensa un estudio completo de la influencia de los mitos en nuestro escritor<sup>188</sup>.

---

<sup>185</sup> *Il.* 13.348-349: el texto galénico es algo diferente del homérico comúnmente aceptado.

<sup>186</sup> *Aph.* 2.19, 4.474.12 L. El adverbio lo tenemos treinta y tres veces en los textos hipocráticos.

<sup>187</sup> 15.19.8.

<sup>188</sup> (2003), «Mitos y personajes míticos en Galeno», en J. A. López Férrez (ed.), *Mitos en la literatura griega helenística e imperial*, Madrid, 403-474.